

La Mujer sin Ayer

Autor: América Vanessa Sánchez Romero

¿Acaso era necesario repetirte cada mañana...?

-¡Tu nombre es María!

-¡Sí, sí te gusta el café con leche!

-¡Estás en tu casa, tranquila!

-¡Federica es tuya, jamás te mordería!

Y es que después del accidente montando a caballo, la cabeza de María parece una pizarra nueva. Y a mi me toca estar ahí, mitad recordando y mitad volviendo a aprender con ella. Con más voluntad que terapia María volvió a caminar. Unos cuantos huesos rotos no iban a mantenerla en cama. No le tomó mucho tiempo encargarse de su aseo personal. Creo que dentro de esa memoria hueca aún brilla una estela de vanidad.

María peina sus lacios cabellos grises dos veces al día, mientras canta para sí una canción diferente cada vez. Ella nunca perdió el habla, ni su humor desesperanzado, como quien se burla de sus propias penas... más su semblante se ilumina cuando ve las flores. Me gusta saludarla con una rosa cortada de su jardín cada mañana. Se la entrego como una ofrenda, haciéndole reverencia. A ella le brillan los ojos y agradece diciendo -¿Sabías que la ambrosía se hace con pétalos de rosas?- y su mente, ya vaga, parece que se pierde en un lugar sin recuerdos, con sabor a rosas.

María camina ligera, como temiendo dejar huella, y yo, que la sigo detrás me pregunto ¿por qué no pesa? A veces quisiera robármela unos días y llevarla al mar, a caminar en la arena, a que sienta el suelo hundirse bajo sus pequeños pies y le pierda el miedo a sus huellas. Pero luego pienso y me doy cuenta de que su miedo es a su soledad, a que no haya pasos que acompañen su realidad.

Dicen sus curiosos vecinos, que María siempre andaba con los brazos llenos. Yo me pregunto ¿si los llenaba de abrazos, comida, regalos? Me cuentan cómo se fueron vaciando, que mientras estaba cuerda, ella veía cómo la iban olvidando. Ya nadie preguntaba su opinión, ni le pedían consejos y todos esos cuentos que antes entretenían, poco a poco -por desuso- se le iban borrando. Dicen que el eco de su casa cada vez se volvía más ensordecedor, el aire más gélido, los días parecían más largos y las noches no le traían descanso.

Me han contado que María, en un momento de lucidez recordó a algún caballo. Recordó haber cabalgado y recordó que ese caballo la hizo sentir fuerte y libre y de temer. Y se acordó que por un momento ese caballo y ella fueron los únicos en la tierra y recordó la felicidad de olvidar. Y quiso recrear esa burbuja de tiempo donde el dolor, la pérdida y el abandono no pudieran entrar.

Entonces María buscó un caballo sabio, que la quisiera escuchar, le dedicó al oído su último poema y comenzaron a cabalgar. Nadie sabe cuánto tiempo dependieron uno del otro, buscando un final... pero es cierto que María cayó hasta estar exhausta. Cansada de vivir, buscó la muerte. Cansada de esperar, busco el olvido y encontró un portal donde ya no sufre, no duele y su mente joven se renueva día a día.